

estrecha con arquitectos jóvenes de San Sebastián y Bilbao. Como en el norte de España hay cierta abundancia de ciudades, villas y pueblos que tienen interés desde este punto de vista, organicé con ellos una serie de excursiones, en las que también se incluyó la visita a poblaciones del sudoeste de Francia. Después di algunas clases en la Escuela de Arquitectura de San Sebastián y en Madrid participé, también, en coloquios sobre el tema. Claro es que mis intervenciones no tenían el mismo carácter que las de los profesionales de la Arquitectura y tampoco eran fruto de intereses estrictamente arqueológicos o artísticos. La Historia del urbanismo me interesaba (y sigue interesándome) como un capítulo de la Antropología: o si se quiere, de la "Morfología cultural". Es decir, que lo que con más frecuencia ponía de relieve era la relación formal del núcleo urbano con el momento cultural en que se habían construido y con su interpretación del medio: cosa bastante distinta a la "adaptación al medio" de la que tanto se habló en otras épocas»⁵⁵.

En sus análisis insiste en estudiar lo urbano no sólo como fruto de la tecnología y la arquitectura sino como índice notable del tipo de vida que existe y los conceptos culturales sobre los cuales se basa. Esto aplicado a la situación actual le lleva a declarar que «el gran salvaje puede ser el pueblo que vive en un suburbio infame pero lo es más el que lo ha hecho por lucro. Sea ingeniero, arquitecto u hombre de negocios y de banca... Acaso nunca lo que se representa como contenido de la sociedad, la representación o imagen colectiva que se tiene de la sociedad actual, como una sociedad tecnificada y por lo tanto progresista, en vías de superación constante, haya sido más falso de lo que es hoy. Y tanto más falso cuanto más popularizado»⁵⁶. Acepta el principio de que «la ciudad es fiel reflejo del "poder político" ante todo. Esto lo vio Aristóteles ya mejor que nadie. Luego lo observó también su discípulo Ibn Jaldún... La ciudad, es en suma, algo mucho más complejo y difícil de definir que lo que nos dicen bastantes de los historiadores, los urbanistas y sociólogos que se han ocupado de ella. No en balde en la ciudad ha surgido la gran novela: no en balde los mayores novelistas se han nutrido de su vida social, desde el obscuro y elegante autor del Satiricón a los grandes creadores del siglo XIX y comienzos del XX»⁵⁷.

El mundo de las creencias

El corpus de sus escritos en la materia es inmenso. Se trata de articular en el mismo apartado sus investigaciones sobre la mitología (*Algunos mitos españoles, Mitos vascos y mitos sobre los vascos*); sobre la religión antigua

⁵⁵ Julio Caro Baroja, *Paisajes y ciudades*, Taurus, Madrid, 1984, pág. 7.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 12.

⁵⁷ *Ibid.*, págs. 206-207.

(Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco); sobre la religión cristiana (*Los vascos, Los pueblos del norte de la península ibérica*); sobre la brujería (*Las brujas y su mundo, Brujería vasca, Inquisición, brujería y criptojudaismo*); sobre la magia (*Vidas mágicas e Inquisición, De la superstición al ateísmo, Teatro popular y magia, Magia y brujería*), sobre el culto a los árboles y mitos y divinidades arbóreas (*Los vascos, Culto a los árboles y mitos y divinidades arbóreas* y «Sobre el árbol de Guernica y otros árboles con significado jurídico y político», en *Sobre Historia y Etnografía vasca*), sobre los ritos, las prácticas folklóricas y carnalescas (*Viejos cultos y viejos ritos en el folklore de España, Ritos y mitos equívocos, El carnaval*).

¿Qué tienen en común? Que son formas de pensamiento erigidas en creencias, tanto para el que las tiene como para el que las encuentra a su alrededor. Existe una articulación entre el mundo folklórico, el mundo campesino y el mundo arqueológico, escribe Julio Caro Baroja en un reciente «Prólogo» al libro *Mitología vasca* de José M. de Barandiarán, tal y como éste último nos ha informado cuando describe las ideas cardinales que dominan en las mentes que aceptan como cosa real los mitos. «La principal de ellas, a mi juicio, es la de que todas las cosas que tienen nombre existen. Es decir, que los seres míticos no son símbolos o alegorías, como creían los mitógrafos y filósofos antiguos, más o menos simbolistas, ni tampoco productos equívocos, que luego se perfilan como creían otros. No. Son productos del mundo conocido, y físicamente cognoscible. No sólo el sol, o la luna, o las estrellas, como seres animados, sino también otros que no tienen aquella corporeidad, pero que se describen con formas particulares: "Tartalo" el "basajaun", las "lamiak", la "Dama": sea la de Amboto, sea la de otra montaña o lugar conocido, y tantos más»⁵⁸.

Dado que hemos retenido el concepto de forma de pensamiento como la expresión más adecuada para hablar de las creencias sigamos con las matizaciones que sobre la misma nos ofrece el autor: «La forma de las ideas está condicionada por objetos, instituciones sociales, etc., que también tienen vigencia a través del tiempo en una misma área. Mas de tales formas es mejor que hablemos en los capítulos sucesivos por separado, y que no demos a la noción aludida, usada por Tylor y sus discípulos, un valor excesivo»⁵⁹. A continuación divide el País Vasco en cinco tipos de mundos circundantes: «Dentro del País Vasco parece haber sensibles variedades entre la concepción del mundo propia de los habitantes de unas regiones y la de los que nacieron en otras. Un análisis cuantitativo y cualitativo las podría diferenciar con cierta claridad. A juzgar por lo que personalmente me ha sido dado observar, creo que sería conveniente tener en cuenta cinco tipos de "mundos circundantes", al llevar a cabo esta labor:

⁵⁸ Julio Caro Baroja, «Prólogo», in *Mitología vasca, de J.M. Barandiarán, Txertoa, Donostia, 19, 9.ª edición, pág. 11.*

⁵⁹ Julio Caro Baroja, *Los vascos*, op. cit., págs. 265-266.

1) el mundo del habitante de los puertos de mar y de la costa; 2) el mundo del campesino de la zona más baja y próxima a aquélla, de Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra y el país vasco-francés; 3) el mundo del campesino de la zona más alta de estas mismas regiones; 4) el mundo del campesino de los valles alaveses y navarros; 5) el mundo del campesino de las llanadas y tierras más meridionales del país. Los datos más curiosos para caracterizar el vasco deben buscarse en las áreas 2 y 3, que son aquellas en que, justamente, Barandiarán encontró (descubrió, podríamos decir) los materiales más atractivos de su colección, pero hace falta explorar también las otras de modo sistemático»⁶⁰.

Una vez establecida así la realidad de las formas de pensamiento, el autor pasa a abordar el problema de la religiosidad que le parece «materia delicada», puesto que al hablar de religión se puede incurrir más que en cualquier otro caso en errores de concepto y de apreciación, apuntar ideas que no sean gratas o comprensibles para el común de las gentes y ser acusado de parcialidad con mayor o menor razón⁶¹. Todo ello le lleva a una meditación cuya consecuencia será distinguir «entre creencias y prácticas cristianas, y creencias y prácticas paganas. Juzgo que también tiene mucha importancia la separación cuidadosa de las creencias ortodoxas de las heréticas, supersticiosas, etc., dentro del cristianismo y de cada país. De acuerdo con ellos haré mi relato. Pero para que estas divisiones tengan mayor validez y reflejen un particular estado religioso, no deben alterar la descripción que se haga a base de observaciones muy concretas, a las que habrá que añadir, además, una especie de tabla de valores que sirva para determinar la fuerza e importancia de cada forma de la religiosidad, ayer y hoy, dentro de colectividades e individuos. La forma católica ortodoxa será, sin duda, la que ocupe el lugar más destacado en esta tabla, si consideramos los hechos pensando en el presente del país vasco»⁶².

Aunque sin lugar a dudas la forma católica ortodoxa ocupe el lugar más destacado entre las creencias del pueblo vasco actual, no va a ser precisamente lo que más le interese investigar a Julio Caro Baroja. Como prueba ahí está su obra posterior. Por varias razones. Primero, «porque la religión, para el etnólogo, no es el único ni el más importante, sino uno de los varios aspectos de la cultura que debe analizar, con una manera de desenvolverse bastante parecida a la propia de otros, y en estrecha relación con ellos; nada más ni nada menos»⁶³. Pero además, porque es un consejo suyo: «que hay que creer suave y reposadamente: incluso cuando se trata de creer en la propia incredulidad»⁶⁴. El autor, si algo teme en esta vida, es la guerra de las creencias o el comportamiento de aquellos que intentan aplicar su creencia a los demás. Lo cual no le impedirá tomar partido con vigor frente a los opresores y en favor de las víctimas, sean éstas moriscos, ju-

⁶⁰ *Ibid.*, 266, nota de pie de página.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 267.

⁶² *Ibid.*, pág. 267.

⁶³ *Ibid.*, pág. 268.

⁶⁴ *Julio Caro Baroja, De la superstición al ateísmo, Taurus, Madrid, 1981, pág. 11.*

díos, criptojudíos, brujas, o seres humanos contemporáneos, perseguidos por unas creencias. Este aspecto ha sido apuntado con acierto por Davvyd Greenwood cuando escribe: «Caro Baroja mira los problemas de la historia siempre en sus dimensiones humanas, como problemas humanos necesitando soluciones humanas. Busca en la historia siempre los problemas humanos que la vida de un período o bajo ciertas circunstancias presenta a los hombres. En esto veo yo una unidad fundamental que une su etnología vasca y andaluza, los estudios de la historia chica, y los estudios de las minorías. En todo enfoca los problemas como problemas humanos, solucionados o no por hombres de carne y hueso, hombres que a menudo se equivocan y que se hacen daño, pero que luchan para imponer en sus vidas orden y significado»⁶⁵.

A modo de resumen trataremos de subrayar las principales cuestiones investigadas pertenecientes al mundo de las creencias.

1.— Respecto a la religión antigua y el mundo mítico: Aunque parezca raro, no existe palabra vasca equivalente a mitología. El padre Larramendi la inventó. Ante lo cual Julio Caro Baroja reacciona en científico. «¿Que no hay palabra vasca equivalente a Mitología? No la inventemos. ¿No existe acuñada una voz que corresponda a mito? No recurramos a una ingeniosidad fácil para suplir la falta. Esto no quiere decir que no existan mitos y creencias o concepciones mitológicas»⁶⁶. Se abre el apartado señalando la relación necesaria entre mitología y material lingüístico tratándose de una lengua tan antigua como el vascuence. Las ideas de «Dios = Urzia» y «Cielo = Ortzea», para los antiguos vascos, estuvieron emparentados entre sí. Además existen afinidades, reflejadas en la lengua, entre las ideas de la luz, el sol y fuego. Los nombres de los meses se hallan en relación con la luna. El mito de Mari está vinculado con las cuevas y con las grandes montañas del centro el País Vasco. El mito de las «lamiak» vendría de los romanos, quienes a su vez lo tomaron del mundo griego. El mito del cazador existente en otras áreas culturales. El mito del «basajuan», es decir «el señor del bosque». El mito de «Tartalo» es el Polifemo vasco. El mito de «herensugea» o el dragón, la serpiente alada. «Asociar al cielo con el Dios supremo, con el trueno, con el día jueves, con las hachas prehistóricas (que se reputan como caídas con el rayo), es algo que hicieron muchos pueblos europeos antiguos, de los que los vascos, en este orden, no parecen separarse más que por su lengua, no por sus ideas»⁶⁷. Una investigación reciente de Juan Ignacio Hartsuaga, «Euskal mitología konparatua»⁶⁸ (que es resumen de una tesis de doctorado mucho más amplia) nos muestra que sí había diferencias de orden filosófico profundas entre la mitología preindoeuropea y la vasca.

⁶⁵ Davvyd Greenwood, «Julio Caro Baroja, sus obras e ideas», op. cit., pág. 237.

⁶⁶ Julio Caro Baroja, «Prólogo», in *Mitología vasca*, de J.M. Barandiarán, op. cit., pág. 10. Véase en particular, para los mitos del «cazador negor», las «lamiak» y «Polifemo», la obra *Mitos vascos y mitos sobre los vascos*, op. cit., págs. 7-77; y para los mitos de «erensugea», «basajuak» la obra *Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco*, op. cit., págs. 129-136.

⁶⁷ Julio Caro Baroja, *Los vascos*, op. cit., págs. 291-292.

⁶⁸ J.I. Hartsuaga, *Euskal mitologia konparatua*, Kri-selu, Donostia, 1987.